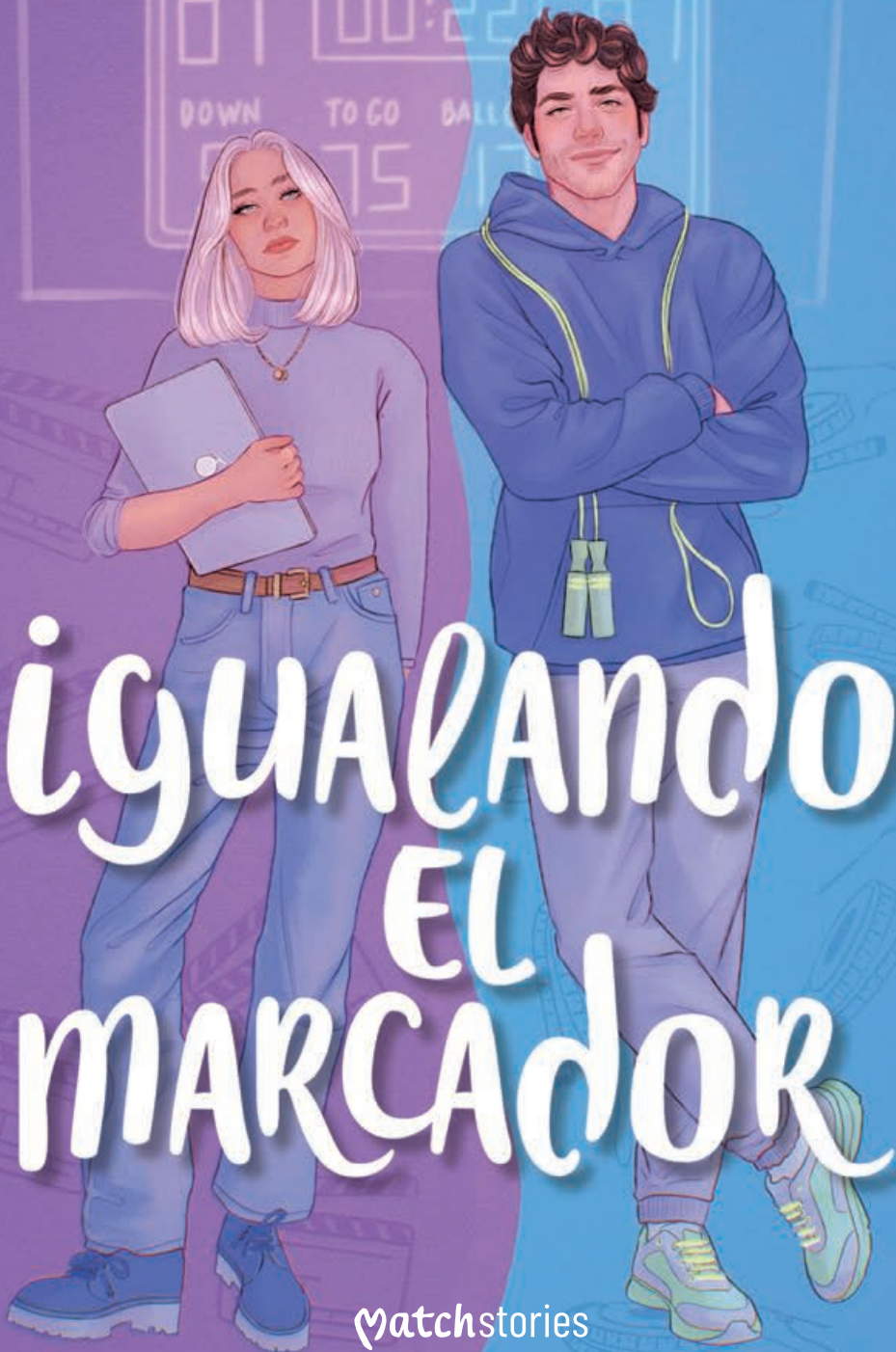


NIRA STRAUSS



IGUALANDO EL MARCADOR

Igualando el marcador

Nira Strauss

 Matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Nira Strauss, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29102-2

Depósito legal: B. 12.080-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Prólogo

Trinity



Otoño de hace dos años

El ambiente postpartido en UCLA era brutal. Me preocupó un poco, la verdad. Es como cuando vas a una tienda de ropa cara, ropa de lujo, y te pruebas los vaqueros de tu vida a pesar de saber que no los vas a poder pagar. Pero ya te los has visto puestos. No hay vuelta atrás. Ya has descubierto que hay algo mejor, un escalón más alto exclusivo para personas especiales. Y tú no tienes la escalera para llegar hasta allí.

Se me dan un poco mal las metáforas, pero esa fue más o menos la sensación que me embargó mientras atravesaba lo que debía de ser la totalidad del alumnado de primer y segundo año, todos embutidos en un piso de estudiantes. Lluvia, mi mejor amiga, me arrastraba con una decisión envidiable. Ya llevaba cuatro meses allí. Además, salía con el *running back* del equipo de la universidad; era algo así como la primera dama del maldito campus.

Recibí toda clase de miradas antes de llegar a la cocina. Algunas de interés evidente, y muchas otras más punzantes que cuchillos arrojados. Probablemente está mal decirlo, pero estoy acostumbrada. Soy alta, rubia, tengo un cuerpo del que estoy bastante orgullosa (y sí, sé que suena fatal y normal-

mente me guardo mi gran autoestima), y aquel día en especial me había puesto mi jersey *oversize* favorito con nada más excepto unas botas negras por encima de la rodilla.

Bueno, bragas llevaba.

Y si la cosa salía bien, no estarían ahí mucho tiempo.

En la cocina, me reencontré con Asher. Ay, Asher Stone. Mi *crush* más duradero (superando incluso a Zac Efron). Uno de los chicos más guapos del pueblo en el que Lluvia, él y yo nos habíamos criado, Santa Jacinta. Tan al norte de California que era humillante, porque teníamos que tragarnos varias horas de carretera para llegar a la playa.

Asher me abrazó y me soltó su típico: «Ey, Trinity, ¿qué tal?», pero su mirada se desvió muy rápido hacia su verdadero interés. Es decir, mi mejor amiga. Creo que su intención en un principio fue darse un pico a modo de saludo, pero eso derivó a la velocidad de la luz en un morreo. Lluvia me lo había advertido. Por lo visto, Asher se ponía como una moto después de los partidos, ganara o perdiera. Aquel día los Bruins habían ganado, y encima Asher se había llevado dos placajes que nos habían dolido incluso a nosotras desde las gradas.

No me hacía falta ser médico para determinar que no se había roto nada importante cuando levantó a mi amiga en peso e intentó llevársela de la cocina. La estancia se llenó rápidamente de silbidos y ovaciones.

—¡Espera, hombretón! Estoy con Trin —protestó Lluvia.

Y por eso la quiero tanto. Quiero decir, ¿tu novio macizo y cachondo te quiere secuestrar para llevarte a su habitación y te acuerdas de tu amiga? Sonreí y los despedí con la mano.

—Tienes mi permiso para subir a bordo de ese barco, grumetilla.

Lluvia me hizo unos cuantos gestos que yo interpreté

como: «Eres la mejor. Esto es en tu honor. Bebe hasta reventar», o algo así. Justo antes de desaparecer, gritó:

—¡Está a tu cargo, Travis!

Un hormigueo me recorrió entera solo con oír su nombre. Sabía cómo se llamaba esa sensación: anticipación. La conocía como la palma de mi mano y la adoraba. Podría escribir un libro titulado *Crónica de un polvazo anunciado* en el que reuniera mi experiencia y consejos sobre los ligues sin compromiso, y creo que dedicaría más de la mitad al previo. Al momento en el que conoces a alguien y SABES que saltan chispas entre vosotros. Cuando cada mirada, gesto y toque cuenta. Cuando, por unos días u horas, es la persona más guapa, interesante y alta del mundo.

La cosa empieza a decaer justo después, de ahí que mi crónica se base principalmente en los momentos presexo.

Y Travis Watkins, *quarterback* de los UCLA Bruins, y yo, habíamos tenido *bastantes* momentos presexo en los últimos meses. Yo estaba más que lista para pasar a la acción con aquel chico. Ese día nos veríamos en persona por primera vez, después de que hubiéramos coincidido en las videollamadas de nuestros mejores amigos respectivos y nos hubiésemos gustado al instante.

Estaba lejos de casa, y mucho más lejos del sofocante campus de Reno al que me había visto obligada a asistir durante dos semestres. Había puesto tierra de por medio con mi padre y su expresión de desaprobación y asco por haberle dicho que me tomaba un año sabático. Por haberme atrevido a destruir sus expectativas, planes y futuro.

Porque de sueños o vocación no se hablaba en casa de los Henderson. Y si lo hacías, eras una jovencita de casi veinte años en plena crisis existencial que iba a acabar viviendo debajo de un puente si no escuchabas los...

«Para.

»Este viaje no es para ellos y sus sermones. Ponlos en blanco y negro.

»Esto es color. Es el punto de inflexión de la protagonista en las comedias románticas.»

—Hola, rubia.

La voz surgió a mi espalda. Respiré hondo con disimulo antes de girarme. Mis labios ya se estaban curvando en una sonrisa, que se hizo mucho más amplia cuando tuve que echar la cabeza hacia atrás para mirar a la cara a Travis Watkins.

Dios, qué agradable es eso para una chica alta a la que le gusta ser superada incluso con tacones. Más que agradable, me atrevería a decir que es afrodisíaco. El chico ya tenía la mitad del camino hecha solo por eso.

La otra mitad iba a concedérsela a esa sonrisa canalla.

—Hola, *quarterback*.

El tiempo entre los saludos y el momento en el que entramos en su habitación fue un poco borroso. La expectación era demasiado poderosa. Me presentó a sus otros compañeros de piso, a quienes ya conocía por meterse en nuestras videollamadas y por las anécdotas de Lluvia: Cooper, un hijo de familia rica del centro con un moño lleno de rastas, y Dwight, la combinación más extraña entre tiarrón ciclado de manos gigantescas, cabeza pelirroja, adorables pecas y acento escocés.

No fueron muy sutiles al darle de codazos a Travis y palmaditas en la espalda. No me importó. Si yo fuera un tío, sería de ese tipo.

Travis apenas había cerrado la puerta de su habitación, amortiguando un poco el jaleo y la música, cuando noté sus manos en la cintura. Fue a una zona segura, me gustó. Mien-

tras fingía que me interesaban los pósteres de la pared, se pegó a mi espalda y murmuró en mi oído:

—Perdona las prisas, es que tus últimos mensajes me han tenido empalmado desde anoche.

Me di la vuelta para encararlo. Era muy muy muy guapo. Y olía genial, como a mar y a protector solar. Mis preliminares con él habían durado más que con cualquiera en mi vida.

—Perdonado, yo llevo mojada desde que me bajé del avión.

Su boca estuvo sobre la mía un instante después. Fue un contacto breve. Enseguida desvié el rostro, rozando su mandíbula con los dientes mientras pegaba mi cuerpo al suyo. Estaba calentito, duro, y olía bien. Él captó rápido el mensaje, porque no volvió a intentar besarme.

Sé que es un cliché, eso de no besarse con los ligues de una noche.

Pero para mí es una ley inamovible.

«Ese momento en el que besas a alguien y desaparece todo lo que tienes alrededor, y lo único que existe eres tú y esa persona. Y te das cuenta de que esa persona es el único hombre al que debes besar el resto de tu vida, y quieres reír y también llorar...» Eso lo dijo una diosa a la que rezo, Josie Geller.

Y dio igual, porque la química entre nosotros resultó ser tan explosiva como me la había imaginado. ¿Tal vez más? Sus mordiscos en el cuello tenían la presión justa, y estaba bastante segura de que todos mis movimientos le entusiasmaban. Especialmente cuando me acerqué a su bragueta.

Para cuando le rocé el paquete por fuera de los calzoncillos, las manos de Travis se habían colado bajo mi suéter y yo me sentía borracha, en las nubes, un poco ida. Sorprendida de que su aliento no oliera a alcohol, la verdad. Creía que des-

pués de ganar un partido todos los jugadores sustituían la sangre en sus venas por cerveza.

Esa conexión no pasaba a menudo. Lo único malo de no ser partidaria de relaciones ni a medio ni a largo plazo era que no dabas tiempo a pulir la técnica en la cama con alguien. Daba igual lo bueno o malo que fueras, en el sexo todo se trataba de conectar, de que sus hormonas y las tuyas combinaran, de algo intangible que erizaba el vello de tu cuerpo y hacía que tu corazón latiera a toda pastilla.

Tracé el contorno de su polla con la mano. Prometía. Sabía que el tamaño no era determinante, pero, oye, una tenía fantasías y preferencias. Sentirme llena era una de ellas.

—Necesito verte las tetas —gruñó Travis, luchando contra el cinturón que había combinado con mis botas.

Esboqué una sonrisa de medio lado, divertida.

—A sus órdenes, *quarterback*.

Enredé mis dedos con los suyos para ayudarlo. Él gimió cuando dejé de tocar su entrepierna.

Mi móvil sonó desde el bolso, que había caído al suelo.

Travis me dedicó una mirada, una pregunta muda, pero negué con la cabeza. Nos deshicimos de mi cinturón justo cuando se cortaba la llamada.

Su mano estaba trazando el interior de mi muslo cuando volvió a sonar. Se detuvo.

—Quizá sería mejor que lo pusieras en silencio.

Exhalé un suspiro frustrado.

Saqué el móvil, dispuesta a silenciarlo y olvidarme de ello, pero justo entonces la pantalla se iluminó con un nuevo mensaje. Saltó hacia mí, me atrapó con una llave invisible. Y en cuanto leí la primera frase, no pude evitar seguir con el resto.

Papá: Eres una malcriada y una egoísta. Tienes a tu madre encerrada en su habitación con migraña por la angustia, y ni siquiera te dignas coger el teléfono. Creía que te habíamos enseñado a hablar las cosas en familia, a comportarte como una adulta.

Apreté el móvil con fuerza. ¿Hablar las cosas en familia? ¿Qué familia? Tal vez se refería a decidir por mí. A desestimar mis opiniones. A...

Un carraspeo suave me devolvió a mi cuerpo. Por un momento, había regresado a Santa Jacinta.

—¿Va todo...?

—Sí —lo corté. Silencié el móvil, lo tiré dentro del bolso y luego lo coloqué en la mesa que había bajo la ventana y que supe que era su escritorio—. No es nada.

Su ceño se frunció ligeramente y *odí* la interrupción por más motivos que el evidente. La atmósfera idílica de deseo e irrealidad estaba desapareciendo. No. No iba a permitirlo. Llevaba fantaseando con eso varios meses. Me lo merecía, joder.

Volví a abrazar a Travis. Y aunque su cuerpo estaba un poco más rígido, a su favor debo decir que me recibió con ganas. Sus manos se posaron en mi espalda, habíamos retrocedido. Daba igual. Teníamos tiempo.

Cuando sus labios se deslizaron por el lóbulo de mi oreja, fruncí el ceño. Mi madre tenía migrañas todo el tiempo, y la mayoría de ellas eran falsas. Las utilizaba como excusa para evadirse de todo lo que no quería afrontar: cenas, reuniones

de profesores, una niña con fiebre, amantes. Al principio no sabía si mi padre la creía; ahora estaba segura de que le venía bien tener una mujer poco presente.

Los dedos de Travis, que habían vuelto a explorar bajo mi suéter, se detuvieron.

—Oye...

Pestañeeé y enfoqué su rostro. Estaba ruborizado y un poco despeinado por mi culpa, pero no me estaba mirando porque necesitara ayuda para quitarme las bragas.

—¿Te han dicho alguna vez que eres guapísimo?

Tras unos instantes en los que me miró fijamente con aquellos deliciosos ojos castaños, una sonrisa tembló en sus labios.

—Sí. Tú.

—Ah, ya... Y tú me respondiste que tu madre había sido miss Illinois.

Eso había sido en agosto, cuando Lluvia me había hecho una videollamada desde Yellowstone. Se había pasado seis semanas de viaje en autocaravana con su abuela, Asher y la abuela de este; la eché tanto de menos que tenía miedo de que me denunciara por acoso por tantos mensajes y llamadas. Justo en aquel momento, Asher había estado también en videollamada con Travis y nos habíamos visto por primera vez a través de ambas pantallas.

He de reconocer que lo primero que vi de Travis fueron sus abdominales y un tatuaje de *Dory*, la pez cirujano azul de *Buscando a Nemo*. Él me vio en pijama sobre mi cama con el pelo lleno de trenzas, algo que hago cuando estoy estresada.

Hablamos de cine y fue un flechazo.

Al menos, lo que yo denomino flechazo.

Travis soltó una risita.

—Fue la forma más educada de decir que todo esto que ves es producto de la lotería genética. O lo tienes, o no lo tienes.

—No voy a bajarte de esa nube en la que estás —admití. Le acaricié el lóbulo de la oreja con los dedos. Un pendiente ahí le quedaría increíble—. Me gustan los chulos.

—Qué suerte la mía —murmuró.

Me observó como si fuera a decir algo más. Pero no lo dijo. Así que yo tironeé del borde de su camiseta de los Bruins, mis uñas rascando con suavidad la piel de debajo. Levantó los brazos como un chico muy obediente y me mostró todo el arsenal de músculos, deporte y vida sana que se escondía debajo. Y a *Dory*.

Sin pensarlo mucho, me incliné para besar el tatuaje y deslizar mi lengua por el oblicuo que había justo al lado. La respiración de Travis se entrecortó. Su mano se posó en mi cabeza con suavidad, casi como si pidiera permiso. Bien hecho. Los tíos que me agarran la cabeza o el cabello para dirigirme solo reciben manotazos de mi parte.

Poco a poco, la situación se encauzó. Y cuando me arrodillé frente a él y sus ojos se pusieron un poco vidriosos, me sentí genial. Siempre y cuando hubiera buen rollo y respeto, no había casi nada del sexo que no me gustara. Nada que me hiciera sentir avergonzada.

Adueñarme de mi sexualidad había sido de las pocas cosas que...

Pestañeé mientras bajaba la cremallera de sus vaqueros.

Joder, ¿por qué ese día me estaba costando tanto concentrarme?

Apareció un bóxer negro.

Justo cuando mis dedos se engancharon en el elástico, las manos de Travis se posaron sobre las mías. Me detuvo.

—Trinity, no voy a acostarme contigo mientras tu cabecita está vete a saber dónde.

Ahí fue cuando realmente reaccioné y presté atención a sus palabras. Vi peligrar el polvo con el que llevaba soñando las últimas semanas y fruncí el ceño.

—¿Cómo dices?

—Llámame vanidoso, pero cuando me acuesto con alguien me gusta que su atención esté centrada única y exclusivamente en mí —afirmó con aplomo. Y para mi completo espanto y desconcierto, alcanzó la camiseta del suelo y se la pasó de nuevo por la cabeza—. No sé qué ocurre, y no tienes que contármelo si no te apetece, pero es una gran bandera roja para mí.

¿Bandera roja... para él?

¿Existía algo así, acaso? ¿Un deportista universitario cachondo podía tener banderas rojas?

Y, de ser así, ¿por qué tenía que ser yo una de ellas, por el amor de Dios?

Yo solo quería tener sexo. Sexo sucio, caliente, apasionado. Mi vagina prácticamente ya le había hecho hueco a su pene, acomodándose con alegría.

No sabía si la expresión de mi rostro delataba alguno de mis pensamientos (esperaba que no, vaya), pero él aferró mis manos, que se habían quedado en el aire. Con un tirón firme, me puso en pie.

Tras unos segundos de silencio raro, denso, en los que fui consciente de que *él era consciente* de lo extraño que se estaba volviendo todo, susurró:

—Dime que estás bien.

Y entonces me di cuenta de algo escalofriante.

Horroroso.

Imprevisto.

Algo con lo que no había contado para nada, y eso que era bastante metódica en todo lo relacionado con el sexo.

Travis Watkins era un buen tío.

Seguramente era de esos que ayudaban a las personas mayores a cargar objetos pesados, limpiaban los canalones de los vecinos y hacían carantoñas a los animales.

Y a los tíos así no te los tirabas y luego los descartabas.

Creo que fue la primera vez que odié con todas mis fuerzas el feminismo y todo lo relacionado con la igualdad. ¿Por qué tenía que estar mal que las chicas usáramos a los chicos? ¿Por qué no había ahogado mi conciencia en alcohol antes de subir a aquella habitación?

Cuando su pulgar trazó mis nudillos, habría jurado que la caricia reverberó por todas partes. Partes que estaba segurísima que no guardaban ninguna relación con mis manos, y que no entendía por qué se estaban dando por aludidas, las muy bandidas.

Por un instante, flaqueé.

«Llevamos meses con esto.

»Los dos lo estamos deseando.»

Su mano tironeó de la mía, como intentando recuperar mi atención.

—Trinity...

«También llevamos meses charlando sobre tonterías y haciéndonos compañía.

»¿Vas a hacerle eso a él?

»¿Vas a tratarlo como a todos los demás?»

Respiré hondo y esboqué una sonrisa sincera, aunque un poco triste. Despedirse de lo que podría haber sido una noche de sexo espectacular no fue fácil.

—Es una gilipollez, en realidad. A mi padre le encanta recordarme con regularidad lo decepcionado que está por

todo, entre otras cosas, mi año sabático. —Era un buen resumen, aunque el cajón de mierda de los Henderson era mucho más profundo—. Está seguro de que voy a echar a perder mi vida.

Pareció reflexionar sobre ello con mucha intensidad. Se sentó al borde de la cama.

—En primer lugar, nada que te afecte es una gilipollez. Porque, si realmente lo fuera, no te afectaría. —Hizo una mueca como si se hubiera dado cuenta al mismo tiempo que yo de lo obvia que era su deducción—. Y, en segundo lugar, solo puedo darte la bienvenida.

—¿La bienvenida?

—Al maravilloso mundo lleno de clichés de los universitarios que descubren que tal vez los planes que habían hecho para el resto de sus vidas no les hacen ninguna gracia.

Algo se desinfló en mi pecho, para a continuación volver a inflarse. Como quien se quita un peso de encima solo para poner otro en su lugar. Sentí alivio y decepción a la vez. Fue raro.

Me desplomé a su lado. Y como el motivo que nos había llevado a esa habitación ya había caducado y estaba pudriéndose en el agujero negro de las oportunidades perdidas, me dio igual que en aquella posición me saliera una papada horrosa o que mi pelo no enmarcara mi rostro de una forma sexi.

—Dime que en ese mundo no estoy yo sola.

—*Nah*. —Se dejó caer hacia atrás, con mucha más elegancia que yo. Su cabeza y la mía quedaron a centímetros de distancia, y percibí de nuevo aquel olor a playa. Era raro hablar en persona con alguien con quien llevabas meses relacionándote solo a través del móvil—. Si tiras una piedra en el campus, caerá sobre alguien que ha cambiado de especialidad,

fijo. Y si la tiras fuera, en cualquier calle de cualquier ciudad del mundo, caerá sobre alguien que ni siquiera trabaja de aquello para lo que estudió.

Suspiré. Ahora que había soltado ese lastre que tiraba de mí con tanta insistencia, me sentí un poco idiota. Me solía pasar cada vez que hablaba en voz alta de las cosas que me preocupaban. Con Lluvia había llegado a desarrollar una confianza Nivel Épico, pero ella era un caso especial. La conocía desde siempre, impregnaba todos mis recuerdos.

Para el resto del mundo, solo mostraba mi faceta más perfecta.

Con Travis... No, no lo conocía. Y aunque habíamos hablado siempre con la idea de acabar conociéndonos y terminar en la cama, habían sido meses de mensajes. Tal vez, si no hubiera mezclado charlas sobre hobbies con conversaciones guarras, eso no estaría pasando. Travis solo me vería como un polvo y no se habría preocupado por si yo estaba enfocada o no en el sexo.

Aunque, por otro lado, ¿era malo?

Con Travis... se podía hablar. Me había reído muchísimo con él y sus payasadas, y al parecer él también me encontraba graciosísima. Los temas siempre habían fluido y teníamos muchos gustos en común.

Había perdido un polvo, pero ganado un... ¿posible amigo?

¿Nos llevaríamos tan bien en persona como por teléfono?

¿O solo habíamos sido abiertos el uno con el otro por la promesa del sexo?

Supongo que tendría que averiguarlo.

—Sé que no soy la primera ni la última persona a la que le pasa. —Me erguí sobre los codos y contemplé la larga extensión de mis piernas desnudas. A veces hasta yo misma me asombraba de lo eternas que parecían—. Y tengo un montón

de tiempo para decidirme. Podría bailotear entre varias opciones hasta tercero, pero...

Travis me interrumpió.

—Oye, no lo decía por eso. Que muchos otros estudiantes hayan pasado por algo parecido no quita que sea una putada. De hecho, creo que habría que investigar por qué tantos estamos al llegar a la universidad. Creo que nos venden una moto brutal durante el instituto, y luego llegas aquí y se supone que van a ser los mejores años de tu vida, y lo único en lo que puedes pensar es: «¿Los mejores? Entonces, ¿qué clase de mierda viene después? ¿Esto es un trampolín hacia el resto de mi vida? ¿Y si no me gustan las alturas? ¿Y si soy de esos que vomitan en las atracciones fuertes? ¿Y si ni siquiera tengo la estatura mínima?». No sé si me entiendes. —Me miró de refilón con el ceño fruncido. Se había puesto de costado sobre la cama y su pelo continuaba siendo una masa revuelta con mechones oscuros apuntando hacia todas partes—. El caso es que se te viene todo encima. Te entran dudas que ni sabías que tenías. Y si, además de todo eso, no cuentas con el apoyo de tu familia... Sí, es una mierda.

Estaba sin palabras. Patidifusa. Tanto que solo pude asentir y repetir:

—Una mierda.

Tardé unos cuantos segundos más en reaccionar del todo, mientras mi cerebro componía la imagen de Travis como un puzle, poniendo cada pieza en su lugar a toda velocidad. Todo lo que sabía de él hasta ese momento, y todo lo que acababa de averiguar en la última media hora. Ligón, deportista de élite, con un gusto cuestionable para las películas y las series, bastante ocurrente, olía muy bien, parecía que tenía un paquete decente, empático y... ¿un poco flipado?

Joder.

JODER.

Menos mal que no me lo había tirado.

Travis Watkins era un buen tío y material de novio.

Mi corazón se aceleró al pensar en lo cerca que había estado de liarla.

Sintiéndome muy resolutiva, me erguí.

—Bueno, creo que está claro que solo hay una forma de animar esta situación.

Su mirada se oscureció, y por un breve instante, tan efímero que podría habérmelo imaginado, sus ojos recorrieron mis muslos desnudos. Luego parpadeó y apretó la mandíbula.

—Ya te he dicho que...

Me levanté con decisión.

—Aparta. —Di golpecitos con las rodillas a sus pies, que colgaban del borde de la cama. Con expresión perpleja, me obedeció. Aproveché el hueco para llegar a la estrecha estantería que había entre la cama y el escritorio—. Ay, la Virgen, esto es peor de lo que pensaba... ¿*Zombieland*? ¿En serio?

Estuvimos de pie frente a su «colección sagrada» más de media hora, yo repasando cada título hilarante que veía, y él dándome sus argumentos de defensa. En algunos tuve que darle la razón, en otros acordamos estar de acuerdo en no estar de acuerdo.

Por último, me convenció para ver *Tron: Legacy*, aunque le hice jurar que no haría comentarios sobre cada escena, ángulo o frase. No lo cumplió, por supuesto.

Después vinieron *Terminator 1 y 2*, *Dr. Dolittle* (la quitamos a los quince minutos), y finalmente hubo consenso en *Hocus Pocus*. En algún momento se nos unieron Lluvia, Asher y Dwight. La fiesta ya hacía rato que había terminado y habían dado por muerto a Cooper en el jardín comunitario.

De todas las formas en las que había imaginado que iba a acabar aquella noche, esa ni estaba en la lista. Y resultó ser mi favorita.

Travis Watkins y yo jamás volvimos a mencionar nuestro primer y último magreo.